

Secularismo, Secularidad, y Secularización

Problema actual para nosotros, los católicos, es lograr un verdadero y claro conocimiento de la actitud que debemos adoptar ante el mundo, en orden a construirlo, como hoy se suele decir; que es lo mismo que perfeccionarlo y hacerle progresar en todo lo posible para el verdadero bien del hombre.

I

Pero, ¿qué es el mundo? El mundo significa aquí el conjunto de todos los seres limitados, contingentes, creados. Limitados, o carentes de una perfección infinita; contingentes, o que no poseen en sí mismos la razón suficiente de su existencia, sino en el ser necesario; creados, o producidos por el Creador que los sacó de la nada, como ahora suponemos.

Claro que el hombre pertenece al mundo y en él descuella, pese a sus intrínsecas y esenciales limitaciones; él es el único ser visible que tiene conciencia del problema indicado y necesidad urgente de resolverlo.

Es indudable que esta solución implicará el descubrimiento de las realidades del mundo, de sus fuerzas o energías y de todos sus valores; y la aplicación de lo descubierto a la promoción del hombre mismo en su aspectos físico, intelectual y moral, en su bienestar y en su modo de ser y actuar, así en su ámbito individual como en el social. Pues para dar solución acertada a este problema, vendrán bien algunas reflexiones sobre lo que hoy se significa con las palabras «secularismo», «secularidad», «secularización», las tres derivadas de «saeculum», siglo o mundo.

II

¿Qué es, pues, secularismo? Recorriendo la ya tan abundosa literatura sobre el particular hallaríamos que las principales expresiones, definiciones, descripciones del secularismo vienen a ser estas: «Por secularismo entendemos una concepción del mundo sin referencia ninguna a Dios». «Una concepción del mundo que no reconoce nada real que no sea este mismo mundo». «Una concepción o visión de la vida humana, a la cual sea ajena en absoluto toda intervención de Dios en ella».

El secularismo niega la existencia y aun el sentido de toda realidad que no pueda ser precisada o medida con los métodos de las ciencias naturales; y, por lo tanto, va más allá, en la negación de Dios, que un puro racionalismo o naturalismo que podría admitir la existencia de Dios y su operación en el mundo, por el uso de la razón natural.

Si no hay más que el mundo visible y tangible, y la cúspide del mundo es el hombre, el hombre carece de superior ajeno a la humanidad misma. Sólo a sí mismo habrá de someterse; con un sometimiento que en realidad no implica otra moral que la utilidad de convivir unos con otros y la correlativa necesidad de conservar cierta paz social y armónica coordinación de todos, sin las cuales no es posible perseverar en la existencia, y menos en la existencia pacífica; y menos todavía en una existencia de colaboración activa en la construcción de este mundo.

Implica, pues, el secularismo una total ausencia de Dios en el horizonte de la vida humana, ya por negación expresa y teórica de su existencia, ya por precisión mental de ella. Así que el secularismo es ateísmo y, por eso, incompatible con la fe cristiana. Pero secularismo no es secularidad; a lo menos no es sana secularidad. ¿Qué es, pues, secularidad?

III

Es, bien la realidad misma del siglo o mundo con cuanto encierra en el conjunto de los seres que lo integran, y considerada realmente distinta de su autor, como por necesidad ha de serlo; bien, y principalmente, la actitud del hombre que conoce y aprecia objetivamente esa realidad y, por lo mismo, su naturaleza, sus polivalentes energías, sus fines, sus conexiones con el Ser supremo que llamamos Dios, y obra en consecuencia adoptando respecto de Él y del mismo mundo el debido comportamiento.

a) Según la fe cristiana, el mundo (siglo, saeculum) fue creado por Dios, esto es, fue puesto en la existencia libremente por el acto del querer divino, sin utilización de algo preexistente. Creado, pues, libremente y de la nada.

Como naturaleza, o según la positiva realidad que lo constituye viene de Dios y es algo sagrado. Como desordenado por el pecado, no viene de Dios, sino del mal uso de la misma libertad creada. Eso que Dios creó, empezó a existir dotado de energías, fuerzas, potencias con que fue desarrollándose en continua acción o movimiento, fecundo para producir la variedad inmensa de los seres y las particulares y diversas determinaciones que los distinguen.

En este sentido hay evolución en el siglo o mundo; evolución, en cuanto proceso o conjunto de procesos naturales en que, con la necesaria y predeterminada intervención de la causa primera, aparecen o surgen los seres con diversas formas concretas de existencia, crecen o se desarrollan, se multiplican, obran según ciertas leyes, se acaban o se transforman; prescindiendo de si hay o no hay evolución como transformación *de las especies*, o en sentido teilhardiano.

Que haya o no haya tal evolución estricta, no importa nada para cuanto vamos a decir. Siempre será verdad, según la fe católica, que el mundo creado, en su absoluta totalidad de ser y operar, depende de su Creador, Dios, con evolución estricta o sin ella. Y así depende el hombre, que es lo principal del mundo visible; el cual, por ser hombre y haber de obrar con responsabilidad, consciente y libremente, ha de reconocer esa su dependencia y de los demás seres respecto de Dios, y hacerla ley consciente de su vida.

b) Según la misma fe y doctrina católica, Dios creó el mundo para el hombre, en cuanto que había de ser el campo en que trabajara utilizándolo para desarrollo de sus potencias, satisfacción de sus exigencias, perfeccionamiento propio como ser humano, y glorificación divina.

Pues bien, este mundo que Dios puso al servicio del hombre y, por el hombre, al suyo propio, es un mundo *ordenado* en el mismo acto de su creación. Porque, en virtud de esa creación, cada ser tiene su propia naturaleza o principio operante; tiene sus leyes fijas según las cuales opera; tiene sus potencias con que opera; tiene sus fines a los que se ordena su operación. Tienen además todos los seres no sólo un fin último, el de contribuir al conocimiento, amor y servicio divino y realización de los adorables designios del Creador, para lo que todos fueron creados; sino fines próximos específicos que son el resultado de las acciones que realizan con sus potencias, v. gr. para alimentarse, desarrollarse, reproducirse, perfeccionarse y perfeccionar a los demás.

Es evidente que cada ser, con su entidad ontológica, sus fuerzas operantes, sus exigencias, sus leyes, sus fines, implica un orden maravilloso intentado por el Creador; y ese orden particular de cada ser, combinado con los de los otros seres, forman el orden total del cosmos, que es un todo orgánico.

Un orden que ha de ser respetado por el hombre, si quiere uti-

lizar el mundo para su propio servicio, según aquello tan bello y profundo: *que para dominar la naturaleza hay que obedecerle o someterse a sus leyes.*

Por eso, para volar hacia la luna, para cruzar el Océano, para descender a las profundidades de los abismos en la tierra o en el mar... hay que acatar las leyes naturales. Y así en todo.

c) En este mundo ordenado por Dios Creador, y como elemento también creado por Él, está el hombre mismo con su naturaleza específica poseedora de entendimiento, voluntad libre, aspiraciones e ideales diversos, sentidos y pasiones.

Este hombre produce y desarrolla las ciencias, las artes variadísimas, la cultura polifacética. Produce y organiza naturalmente la sociedad, doméstica y civil, el Estado con todo lo que implica. Produce también las virtudes de orden natural y, en ese mismo orden, por el ejercicio conveniente de su razón y de su voluntad o amor racional al bien, puede llegar al conocimiento de Dios y de una ley impresa en su propia naturaleza con que han de regirse las acciones libres del ser humano.

d) Pues bien, este mundo, así ordenado por Dios en el mismo acto de crearlo, ha de ser estimado como obra maravillosa, y ha de ser considerado *relativamente* autónomo; esto es, no soberano, no independiente de Dios, sino autónomo o independiente del hombre, en cuanto que todo hombre debe respetar el orden establecido por el Creador, y proceder de tal modo que, aun para servir a Dios usando del mundo, considere que en tal uso debe conformarse con las exigencias de tal orden natural y seguir sus leyes, puestas por Dios; aun cuando en el aspecto moral de ese orden, el sentido de la ley natural pueda y deba proclamarlo la Iglesia, cuando los hombres no lo perciben con *toda* claridad, o aun lo niegan.

Es decir que, en el uso del mundo, hay que respetar sus leyes físicas y sus leyes morales derivadas del acto creador, aunque la Iglesia, que también debe respetarlas, pueda y deba precisar el sentido de las morales cuando no aparezca tan claro, o sea negado.

La ley natural moral fue asumida por Cristo e incorporada a la economía sobrenatural.

Desde este punto de vista se puede decir que el mundo es sólo relativamente autónomo, en cuanto que ese orden natural está ordenado también de algún modo al fin último de la redención, que es sobrenatural; y, por consiguiente, si el mundo —la humanidad— desconoce ese fin y no lo respeta, el hombre, la Iglesia en concreto, tiene derecho a proclamarlo, a defenderlo, y a protestar contra todo lo que se hiciera en contra de él.

De forma que la fe es la única norma de conocimiento de ese fin último sobrenatural; y la Iglesia, custodio y faro de esa fe, ha de proclamarlo cuando convenga; prescindiendo de qué potestad

tiene para impedir las acciones concretas contra ese fin, pues habría que distinguir entre sociedades cristianas y no cristianas; y aun entre cristianas no católicas y católicas.

Pero mientras las realidades terrestres no se opongan a ese fin último sobrenatural, ni a la ley moral natural, por el mal uso hecho de ellas, todo hombre ha de respetar sus valores en sí mismos, como algo bueno y verdadero, y no tratar de hacerlos *puros medios* de servicio a la fe de Cristo, a la cual, no oponiéndose, ya la sirven. (Cf., para aclarar esto, G. de Rosa, *La Civiltà* 7-III-70)

Pues bien, una concepción del mundo en que se reconoce su propia objetividad, su valor y, al mismo tiempo, su esencial y natural dependencia de Dios; y no sólo se reconocen ambas cosas, sino se relacionan y se profesan en la vida humana, individual y social, esa es la justa secularidad.

Y así como un desordenado proceso de secularización termina en una pura antropología desconectada de Dios, en una negación de Dios o endiosamiento del hombre (del siglo, cuyo principal elemento es), y en la muerte de Dios o desaparición de Dios de la vida humana, ya sea porque expresa o teóricamente se niegue, ya porque se prescinda de Él; así, el recto proceso de secularización para en la legítima y sana secularidad que consiste, según acabo de indicar, en el juicio exacto y objetivo, de las realidades terrestres, humanas ante todos y, por tanto, de su origen divino por la creación y de su fin último que está en Dios: que lo estaría en un orden meramente natural, y que lo está en esta economía u orden de la Encarnación y Redención de Cristo, que ha elevado todo el género humano a los bienes de la filiación divina, y, por el hombre, a todo lo restante de la Creación, según dice San Pablo a los Romanos.

De forma que la auténtica, cristiana, secularidad pone las cosas en su punto: afirma el valor del mundo y también la mayor dignidad, suprema dignidad, de Dios su Creador y Redentor; y, consiguientemente, la ordenación y sujeción del hombre a Dios, en su ser y en su comportamiento, como lo exigen la razón natural y la fe cristiana.

Por consiguiente, exaltar la secularidad no es erróneo, no es moralmente, religiosamente desordenado, sino verdadero, honesto, cristiano, cuando se exalta el objetivo conocimiento y justo aprecio de los valores todos del mundo; pues entre esos valores se cuenta, como principal, su carácter esencial de obra de Dios, subordinada a Dios, cual instrumento de su divina glorificación.

Por el contrario, exaltar la secularidad y promoverla, pensando exclusivamente en lo terreno y en lo humano, eliminando a Dios y toda referencia del mundo a Dios, y, por supuesto, a Jesucristo Redentor, eso es, en realidad, profesar el secularismo, ateo por esencia,

como antes decía, y, por lo mismo erróneo, injusto, incompatible con nuestra fe cristiana y con las exigencias de la ley natural.

Y precisados los conceptos de secularismo y de secularidad, vamos a aclarar, en lo posible, el de secularización.

IV

Secularización es el movimiento o proceso para conocer y establecer en el individuo y en la sociedad la secularidad que acabamos de describir; ya la sana secularidad no sólo compatible con nuestra fe católica, sino exigida por ella, ya la perversa que la niega.

Naturalmente, los cristianos y aun los hombres rectos que no conocieran a Cristo, pero respetaran la ley natural, habrían de rechazar todo proceso secularizante que buscara como ideal la secularidad que excluye a Dios de la mente y de la vida; y sólo habrían de aceptar el que aspirara a la sana secularidad y se desarrollara en el debido respeto a las exigencias de la verdad religiosa natural y de la cristiana.

Con ese respeto, teórico y práctico, el prudente proceso secularizante producirá un ambiente individual y social en que la naturaleza y la gracia se jerarquicen cual conviene; y, en una razonable armonía, se supriman supersticiones, errores y expresiones impropias de la fe cristiana y aun de la religión natural, sin lesionar en lo más mínimo los deberes auténticos para con Dios, y sin poner impedimento alguno al debido desarrollo de la vida religiosa y moral en el individuo y en la sociedad.

Todo lo cual quedará bien claro con algunos ejemplos.

Sería gran error considerar a Dios como el *instrumento* ideal y eficaz a nuestro servicio; como el ser que nos ha de arreglar las cosas de este mundo, cuando no marchan o creemos que no marchan como deberían; y eso, sin que pongamos de nuestra parte más que el pedirselo; como el ser que nos ha de proporcionar una vida tranquila y feliz, sin que nosotros nos afanemos poniendo en tensión nuestras potencias por transformar el mundo, por dominarlo y regirlo, conociendo y aplicando sus leyes a los fines honestos de la vida humana, al mismo tiempo que oramos y confiamos en Dios: *a Dios rogando y con el mazo dando*.

Como es bien razonable y conforme a la fe cristiana implorar filialmente el auxilio divino, para que complete o supla nuestro esfuerzo, quizá por sí solo insuficiente para la consecución de un noble y necesario fin, así es tentar a Dios, en expresión de la Sagrada Escritura y de la tradición, renunciar al trabajo y fatiga, para que sólo Él nos sirva en bandeja lo que deseamos.

También sería error estimar que Dios, supuesto que nosotros usemos los medios a nuestro alcance, ha de asegurarnos siempre la

consecución de lo que pretendemos, si se lo pedimos. Porque si Dios jamás nos negará lo que para nuestra salvación sobrenatural nos sea necesario y le supliquemos, si además cooperamos con nuestras propias obras y según nuestras posibilidades, sin embargo, cuando le pedimos bienes temporales, y no necesarios en absoluto para nuestra salud eterna, no será contra la divina bondad que no nos los conceda, o, en otros términos, que no intervenga para impedir el juego de las causas naturales que, obrando según sus leyes, nos obstaculizan el logro de esos bienes terrenos pedidos.

Eso no es contra la bondad de Dios nuestro Padre. Y tanto menos lo es, cuanto que, a veces, a conseguir esa misma salud eterna, fin último de la redención y sumo bien para nosotros, nos pueden ayudar más ciertos reveses y privaciones, esto es, los males tan temidos, que otros bienes temporales que pretendemos.

¡Y hay sin embargo, cristianos que llegan a perder su fe, o a lo menos sentirla muy vacilante, cuando las cosas no les suceden bien de tejas abajo, como ellos quisieran y piden! Esa fe no es la auténtica fe crisiana, que no lleva nunca en su mismo tuétano tan graves errores contrarios a la fe misma.

La buena madre cristiana no pierde su fe porque se muera su hijo, ya de muerte natural ya de muerte violenta; ni el honrado hombre de negocios, por un descalabro de su fortuna; ni el médico, por un error fatal de su diagnóstico; ni el estudiante, por un fracaso inculpable en sus exámenes, etc., etc.

También sería error atribuir a Dios, sin positivas razones de peso, intervención especial en fenómenos impresionantes inexplicables según nuestros conocimientos actuales, pero, en realidad, naturales ellos y ocurrentes según las exigencias de la naturaleza.

No es que Dios no intervenga en su realización, como interviene en todo con su concurso natural de causa primera; más aún, quizá en tal o cual fenómeno, corriente al parecer, haya intervenido, sin apariencia de ello, con una providencia o intención especial, por justas razones que para ello tenga, a nosotros desconocidas. Pero suponer que Dios, o sus ángeles, buenos o malos, interviene milagrosamente en todo lo que nosotros no podemos explicarnos, es una equivocación, pues, *de ordinario*, rige al mundo por las leyes que en la naturaleza de las cosas imprimió; y hemos de suponer más bien que no hay intervenciones divinas especiales sino sencillamente naturales, más o menos corrientes, mientras no conste de lo contrario; y hemos de estudiar la naturaleza para averiguar y utilizar sus fuerzas, sus exigencias, sus leyes; que de eso, sin duda, podemos y debemos alabar a Dios, su autor, que de modo tan admirable descubre su sabiduría, poder y bondad aun en las obras de la naturaleza, no menos que en sus milagros. Como nota sagazmente San Agustín comparando el milagro de la multiplicación de los pa-

nes por Cristo, con la maravilla de la producción natural del trigo, para concluir que no muestra Dios mayor sabiduría, poder y bondad en lo uno que en lo otro.

El error tan lastimoso de las brujas, en la Edad Media y Moderna, se habría evitado con el objetivo conocimiento, propio de una sana secularidad y de una fe realmente ilustrada. Pero, es claro, no podemos exigir en todos los tiempos, al hombre tan limitado, el conocimiento de la naturaleza que hoy tenemos, aunque aún sea tan incompleto.

El recto proceso de secularización tiende a suprimir esas ignorancias y errores en la medida en que tiende a procurar el objetivo conocimiento de las realidades terrestres, de las energías naturales y de sus efectos, y de todo esto servirse para la apreciación más justa de lo sobrenatural.

Tiende también a suprimir el exceso de barroquismo que pudiera darse en manifestaciones y protecciones sociológicas de la vida religiosa, tratando de expresarla con formas de sinceridad, sencillez y elegancia, y de apoyarla, ante todo, en la convicción personal de su verdad, santidad y belleza, y en la conciencia clara y profunda del propio deber.

En lo cual, si no se pasa la raya, nada habría que oponer, pues la realidad de la vida religiosa y moral del hombre, ser racional, exige, cual fundamento esencial, persuasión íntima, y ha de brotar de lo profundo de la persona.

Cierta sobriedad y autenticidad de las expresiones externas cuadran muy bien con la pureza y con la exigencia de nuestra fe; porque ésta no ha de ponerse tanto en exterioridades llamativas, como en interioridades sinceras, dignamente manifestadas cuando convenga, como de ordinario conviene, en el culto comunitario y familiar.

Porque el hombre vive una vida de inteligencia y de razón, pero sobre la base de los sentidos, pues nada surge en su entendimiento que no se haya filtrado por los sentidos de algún modo. *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Por los mismos sentidos ha de impresionarse el hombre, para formar sus conceptos y sus pensamientos y razonamientos, y venir a lograr íntimas y profundas convicciones, incluso religiosas y morales; y, una vez logradas, ha de conservarlas e intensificarlas también por las expresiones apropiadas externas del culto, como son diversos actos comunitarios públicos, reuniones, procesiones, cantos acompañados de adecuados instrumentos musicales, especialmente de los que tienen hechas sus pruebas de ser los más propios para inspirar y fomentar el pensamiento y el sentimiento religioso, como es el órgano, sin discusión posible, y también otros reconocidos por la venerable tradición.

En países católicos, otro objetivo adecuado de un recto proceso

secularizante sería armonizar al Clero y al Laicado, suprimiendo en el Clero el clericalismo, para que se mantenga entre los confines de su campo propio y no asuma funciones que no le competen; y asimismo curando a los seglares del laicismo, en cuanto intrusión de sus actividades en el campo reservado al Clero por la naturaleza de las cosas y por la voluntad divina; y organizando la conveniente y positiva colaboración de entre ambos en la promoción de los valores humanos, religiosos y no religiosos.

V

Pero los riesgos de los procesos secularizantes han sido y son siempre bien visibles. Las metas alcanzadas han sido, a veces, y siguen siéndolo bien dañosas a la fe y al orden cristiano.

En la historia del género humano aparece, por una parte, la dualidad: Dios y el siglo o mundo, en el cual el hombre es lo principal; y por otra parte, una presencia o influjo de Dios en el hombre y en todas sus actividades, o zonas de vida; ya sea inmediatamente por su propio ser divino y por su idea o concepto, ya sea por medio de órganos considerados suyos, como los apóstoles y la Jerarquía sagrada de la Iglesia, tratándose del Cristianismo: ya por los profetas y por los sacerdotes de la ley mosaica. Y algo semejante aparece en la historia de todos los pueblos.

Pero esa misma historia —nos interesa ante todo la de la sociedad cristiana— siempre, y más sobre todo desde el siglo XIII, nos manifiesta en la sociedad la tendencia a sustraer el siglo, en mayor o menor grado, a ese influjo, inmediato o mediato, de Dios y de la Iglesia; sobre todo, al ejercicio por la Iglesia.

Surgen así conflictos entre la Iglesia y el Estado, entre Papas y Reyes o Emperadores, entre clérigos y seglares, con anhelo de irse independizando más y más: de la Iglesia, El Estado; de los Papas, los Reyes y Emperadores; de los Clérigos, los no clérigos. Incluso hasta atribuir al Príncipe y al Estado absoluto dominio, aun en lo religioso, sobre la Iglesia.

Recuérdense las luchas entre Enrique IV y Gregorio VII; entre Felipe el Hermoso y Bonifacio VIII.

Después se manifiesta la tendencia a «purificar» o independizar de la religión todo saber profano, sin exceptuar el derecho natural, cuya validez subsistiría, según Grozio, *etiamsi daremus non esse Deum* (De Rosa, La Civiltá p. 442 de 1970).

Y avanzando en esa dirección se llega, se llegó, a negar a Dios mismo y a afirmar que el hombre lo es todo. El hombre toma entonces el puesto de Dios y, según Marx «El hombre es para el hombre el ser supremo»; ya sea el hombre como ser individual, ya sea el hombre como ser social o la humanidad (Comte), como sociedad (Marx), o como Estado (Hegel).

Entonces, con Feuerbach, la teología no existe, o es Antropología; y con Comte, que pone la Humanidad o sociedad en lugar de Dios, el positivismo viene a ser la religión de la Humanidad.

Este movimiento de secularización creciente ha parado en el secularismo, porque ha parado en el ateísmo. Término que no satisface las exigencias de la verdad y de la justicia. Lo acertado y justo hubiera sido corregir los abusos existentes en las relaciones entre Iglesia y Estado, clérigos y seglares, cultura profana y cultura sagrada, gobernantes y gobernados, ricos y pobres, reconociendo a cada parte sus valores, derechos y deberes, para convivir ambas en la verdad, según las exigencias de su respectiva naturaleza. En lo que consiste la buena secularidad.

Pero como en la defensa de la causa del siglo o mundo intervinieron, como era inevitable, hombres apasionados y de perversos criterios, demagogos y revolucionarios, anticlericales, irreligiosos y perseguidores de la Iglesia, que no pretendían la autonomía razonable de los valores mundanos, sino excluir a Dios mismo de la cultura, de la política, de la vida humana, y hacer de los valores terrestres valores absolutos y únicos, por eso la secularización no paró siempre en la sana secularidad antes descrita, sino en situaciones ambientales de facilidad para las tentaciones contra la fe cristiana y contra la moral y, a veces, en manifiesto secularismo.

VI

Es interesante señalar una de las metas alcanzadas por ese desordenado proceso secularizador. Llegado ya antes a la eliminación, a lo menos práctica, de la idea de Dios, era muy natural que intentara eliminar también la caridad fraterna, que es amor al prójimo por Dios, y la sustituyera por un amor meramente horizontal: amor al hombre por el hombre mismo o por las utilidades y placeres que proporciona; pero, por eso mismo, amor sin las garantías de respeto profundo a una auténtica dignidad humana, de desinterés generoso, de energía para superar las dificultades, de perseverancia sin límites, de universalidad hacia todos, que van implicadas en la caridad fraterna derivada del amor a Dios, virtud teologal.

Por Cristo —Dios hombre— Creador y Redentor del Universo, mi amor al hombre, mi hermano en Cristo, hijo del mismo Padre Celestial infinito, redimido con la preciosa sangre del Primogénito, y destinado con Cristo a la posesión de la herencia eterna, tiene sentido sobrenatural y maravillosa eficacia aun para librar a los hombres de los males de la vida material y terrena; pero el amor al hombre por el hombre solo, carece de lo uno y de lo otro.

Ni le puede venir esa sublimidad y eficacia de considerar a Cristo modelo como hombre para los otros, al sacrificarse por todos para liberarlos de todas sus miserias. Porque ¿qué sentido puede te-

ner esa consideración, si Cristo no es Dios y Salvador del pecado y de la muerte; y, no siendo tal, tampoco puede ser hoy ni siquiera hombre mortal existente y operante? ¿Qué eficacia puede tener para liberar al género humano del hambre, de la miseria, del dolor, del subdesarrollo, de la muerte, y sobre todo del pecado y de sus secuelas transcendentales?

La secularización destructora de la caridad fraterna cristiana, destruye también, por el mismo caso, la sociedad cristiana entera, pues no es tal la sociedad que, para unir a los hombres, no cuenta con otro aglutinante que el amor *horizontal*. Amor que, sin el vertical, carece de abnegación, generosidad, perseverancia y eficacia.

Esa secularización no puede aspirar a la salvación del hombre. Sólo le podrá acarrear su total ruina. Creándole un clima de ausencia de Dios y de inmersión en lo meramente terrestre, fomenta sus apetencias desordenadas, achata sus ideales transcendentales, y, por lo mismo, priva a las almas de la esperanza, motor de la vida cristiana y manantial de energía necesaria para superar los crecientes obstáculos de una vida tanto más difícil cuanto más complicada por el mismo progreso, según la misma experiencia nos va mostrando.

Tal clima es natural que vaya acabando con la fe, particularmente con la fe de todos aquellos que, faltos de una adecuada formación, y víctimas de labilidad psicológica y pobreza espiritual, tienen una fe débil incapaz de resistir a las graves tentaciones que hoy padecemos, y muy necesitada de los apoyos de un ambiente cristiano, hoy inexistente en muchas regiones. ¡Y cuántos son hoy los que tienen esa fe tan débil!

Y es lo más trágico que, por una parte, esa formación sólida en lo doctrinal y en lo práctico es necesario para fortificar la fe; pero, por otra, en un mundo de tanta complicación, disipación, confusión de ideas, tanta velocidad y activismo, tantas apetencias de lo sensible y correlativas satisfacciones, tanta dificultad para pensar en sosiego, tanta televisión, tanto cine, turismo, erotismo y hedonismo, tantos y tan continuos ataques contra los mismos fundamentos de la fe católica, es muy difícil darla y asegurarla, aun tan sólo a la mayoría del pueblo cristiano. ¡Cuánto más lo sería asegurarla a todos!

Realmente ahora se palpa que únicamente el Espíritu Santo, con su acción sobrenatural en las almas, podrá conservar y aumentar la fe, y que nosotros, sus humildes colaboradores, no tenemos motivo alguno para confiar en nosotros mismos, sino en Él, cuando trabajamos por el establecimiento y consolidación del reino de Cristo.

Por todo lo dicho, hoy, las palabras *secularidad* y *secularización*, pese a que pueden tener un recto y laudable sentido, despiertan más generalmente pensamientos, sentimientos y comportamientos contra el reino de Dios y de Jesucristo en el mundo, y en favor de un des-

tino humano meramente terrenal; de forma que en la conciencia de muchos, juntar fe y secularidad, fe y secularización, es juntar extremos contradictorios; porque secularidad es para ellos ateísmo, a lo menos, práctico; y secularización, el arte satánico de eliminar a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y todo lo sagrado, de la conciencia individual y de la sociedad humana.

No obstante hay que admitir que pueden y deben darse un concepto objetivo y cristiano de la secularidad, como he mostrado en este escrito, y un trabajo correlativo pastoral adecuado para realizarlo y actualizarlo, que es la honesta y cristiana secularización. Trabajo pastoral que ha de estar iluminado por la verdad de Cristo y regulado por las normas prácticas que en ella se fundan y por la autoridad de la Iglesia se han de precisar, según las cambiantes circunstancias.

De lo que se tratará en el escrito siguiente.

Madrid

E. GUERRERO, S. J.